

IdIHCS

Instituto de
Investigaciones en
Humanidades y
Ciencias Sociales



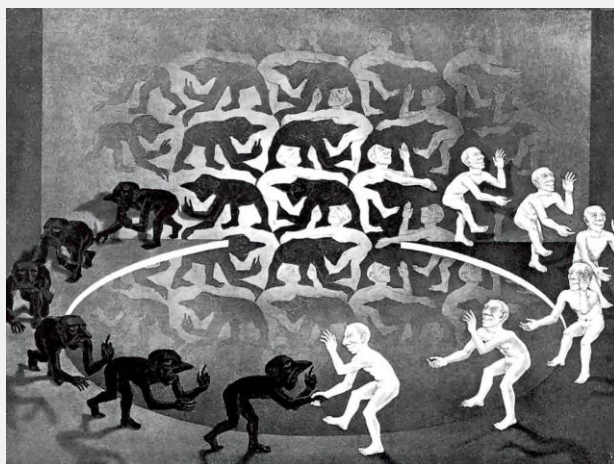
**Programa de Investigación Escolarización.
Perspectivas Históricas, Pedagógicas y Políticas
de la Educación**

Papeles de coyuntura

#7

Por **Marcos Villela Pereira**

Licenciado en Filosofía, Doctor en Educación, Profesor Titular en el Programa de Pos-Graduação em Educação da PUCRS, Brasil, investigador del CNPq, realizó estudios postdoctorales en la FaHCE/UNLP



Lo pienso, es cierto

Érase una vez una humanidad que dependía de la verdad. El conocimiento verdadero era la base de todo: todas las actitudes, pensamientos, decisiones, juicios, todas las acciones dependían de alguna verdad que, sirviendo de referencia, justificaba lo que se hacía, lo que se pensaba, lo que se decía.

En general, las verdades fueron tomadas como una condición objetiva e incondicional: la verdad es la verdad, nada más, y su validez podría derivarse de evidencias o inferencias. Y pasó el tiempo.

Aunque anclada en el ejercicio de la duda y la incertidumbre, la ciencia nos llegó, en cierto modo, como un dispositivo racional capaz de sostener verdades y alimentar certezas. El método científico, cualquiera que sea su matriz paradigmática, se concibe como una herramienta capaz de fundamentar un postulado o un enunciado que asegure un mínimo de previsibilidad. Según Pietro Barcellona, "la ciencia moderna nace y se desarrolla como instancia para la construcción de un mundo humano, no extraño, no caótico, no peligroso como el mundo natural" (1996, p.18-19). Según este autor, la ciencia nace de la ausencia de leyes necesarias y se basa en el azar y la imprevisibilidad en el mundo:

la ciencia nace como apertura al evento, a la innovación, al devenir, nace como reconocimiento del acaecer, y sin embargo su vocación es la de negar de inmediato esa apertura, bloquear la innovación, anticipar el devenir y neutralizarlo (...) si quiere conferir un orden al mundo, al devenir, al movimiento, la ciencia debe bloquear el azar y negarlo, porque debe normalizar, medir, impedir el retorno del caos, del desorden natural; y sin embargo, para ser ciencia moderna, ciencia sin leyes metafísicas, debe fundarse sobre el azar, sobre la experiencia de la innovación. (BARCELLONA, 1996, p. 19)

De aquí se deriva una segunda paradoja: si en sus inicios un rasgo importante del desarrollo científico y tecnológico fueron las rupturas y novedades, fruto de investigaciones, descubrimientos y construcciones surgidas de la aplicación del conocimiento, llegamos al siglo XXI con la condición de que está anclado en la ausencia de novedad. Las novedades ya no representan una ruptura o una revolución, ya que se han convertido en rutina. El estado permanente de progreso establecido después de las revoluciones industriales y el avance del liberalismo económico y político convierte lo "nuevo" en una rutina. Las verdades, entonces, están hechas para no durar.

Con el tiempo, estos conceptos se problematizaron y flexibilizaron, hasta llegar a la idea de que un determinado enunciado, teniendo en cuenta sus condiciones de enunciación y circulación, era aceptado como verdadero o no. Llegamos a la idea de que la verdad es el resultado de un juego de disputas entre posiciones que pretenden ser hegemónicas, en una determinada formación social. Para resolver el problema de esta disputa, el desafío pasó a ser el establecimiento de criterios que sustentaran la validez de una declaración como verdadera. Por lo tanto, una idea se considera verdadera cuanto mayor es su aceptación. Lo que estamos viendo es el cambio del eje de la coherencia, de la verificabilidad (por evidencia o argumento) a la

aceptabilidad. Definitivamente, la verdad funciona como el efecto de un juego de poder complejo y a veces sutil.

Cada formación social produce y pone en funcionamiento su propio régimen de verdad, basado en los acuerdos, tácitos o no, sobre qué posición ocupará cada sujeto o grupo de sujetos en el juego de la dominación. Casi como lo ha sido el conocimiento mítico y teológico, y mucho más allá del sentido común, parece que las verdades y certezas se han establecido por efecto de un conjunto de decisiones que toman los sujetos cuando “deciden” creer en algo.

La tragedia de esta condición es que, en virtud de escapar de la supuesta universalidad del conocimiento científico, caemos en el fango de la banalidad resultante del vaciamiento del sentido crítico. Boaventura Santos (2019) nos habla en un momento en el que predomina el “Orgía de opiniones”. Peor que eso, me doy cuenta de que hemos entrado en una época de verdades *prêt-à-porter*: con la velocidad de la opinión y la información en las redes sociales, las verdades triunfan y se transforman, como un cuerno de la abundancia que hace proliferar ideas que ocupan la posición de verdad tan solo porque son más repetidas.

En el momento de redactar este artículo, Brasil sobrepasa los 135 mil muertos y tiene más de 4,4 millones de contagios por COVID-19 (considerados los datos del Consorcio de Prensa, una vez que los datos oficiales son ampliamente cuestionados por las agencias mundiales de vigilancia de la salud) (Google Noticias, 2020). Hemos instalado en el país un gobierno que opera anclado en la estrategia diaria de publicar y difundir noticias falsas y supuestas verdades que, para nuestra desesperación, son aceptadas y repetidas ciegamente por buena parte de la población. Desde la idea de que la pandemia no es más que “una pequeña gripe sin importancia” (pronunciamiento del 24 de marzo de 2020) hasta la convicción de que “nadie puede obligar a nadie a vacunarse” (pronunciamiento del 31 de agosto de 2020), nuestros días han estado impregnados de barbaridades infundadas, opiniones acientíficas sin fundamento e ideas ligeras que no dejan de repetirse y difundirse en manifestaciones públicas.

Aprendimos de Foucault que “nada es más inconsistente que un régimen político indiferente a la verdad, pero nada es más peligroso que un sistema político que pretende prescribir la verdad” (2004, p. 251). En el caso brasileño, más complejo que un gobierno que pretenda prescribir la verdad, es un gobierno que establece un régimen de verdad muy singular: a raíz del desmantelamiento de las principales políticas públicas (en salud, educación, cultura y en otras áreas igualmente importantes), en un momento en que los derechos humanos son violados cada día, prolifera una oda a la supuesta libertad y a la prerrogativa de los derechos individuales sobre los derechos colectivos. Vivimos en una época de una campaña de desprestigio de la ciencia, realizada con recortes en los fondos de investigación y ataques a universidades públicas. La orquestación se refuerza cuando un ministro de Estado declara que las universidades son un caos y que en ellas hay extensas plantaciones de marihuana (entrevista, 2019), por ejemplo, dando lugar a la progresiva corrosión de la imagen de la universidad brasileña ante la opinión pública. O cuando el presidente se convierte en líder de propaganda

para uso de un medicamento cuyos efectos están comprobados que no contribuyen a hacer frente a los síntomas de la infección (pronunciamento del 8 de abril de 2020). Paulatinamente, observamos la progresiva supresión de noticias basadas en investigaciones y estudios académicos a favor de manifestaciones frívolas, consumidas de inmediato por la población.

Los ciudadanos se han manifestado contra el uso de máscara o contra el aislamiento social y el desapego, basados en el supuesto derecho individual a no usar máscara o permanecer en casa. Oleadas de negacionismo apoyan actitudes colectivas de exposición masiva y aglomeración humana, como si la pandemia pudiera detenerse porque “estamos cansados de quedarnos en casa”. La exacerbación del derecho a la libertad individual ha producido una masacre del sentido de colectividad y la desaparición de la responsabilidad hacia los demás. La alteridad es un valor que se extingue y, peor aún que tratar al otro como adversario o enemigo, parte de la población actúa y se comporta como si el otro ni siquiera existiera.

En un mundo donde el sujeto individualista prevalece sobre todas las cosas y el otro simplemente no importa, la coincidencia entre pensamiento y verdad prevalece como fórmula naturalizada. El pensamiento ha dejado de ser un ejercicio de cuestionamiento crítico para convertirse en una especie de operación de cortocircuito en la que, desde que se concibe, la idea se establece como verdadera. Si pienso, entonces es cierto: esta es la nueva formulación de la máxima cartesiana.

Si nuestras actitudes resultan de decisiones tomadas en base a juicios cuyo fundamento son nuestras convicciones, podemos observar que estamos navegando en un tiempo muy oscuro, regulado por creencias y convicciones frágiles o falsas, desde el punto de vista de su consistencia argumentativa. La proliferación de verdades *prêt-à-porter* estrecha la mirada sobre la realidad y favorece prácticas de segregación y exclusión, ya que el otro no existe o no importa. Observamos que las verdades han sido validadas por su aceptabilidad, no por su plausibilidad. Todos los días nos hemos enfrentado a formulaciones absurdas que, como mínimo, suenan a una falta de respeto a nuestra inteligencia.

¿A dónde vamos entonces? No se trata, meramente, de impugnar las afirmaciones o de discutir con quienes creen en ellas: como no se trata de validación por argumentación o verificación, no hay nada que pueda decirse que saque a estos sujetos de su convicción. Necesitamos orientar nuestros esfuerzos hacia la disolución del modo hegemónico que estableció este régimen de verdad basado en la aceptabilidad. Necesitamos operar en el campo político y develar las operaciones de poder que favorecen la manipulación y mistificación de tantos individuos, llevándolos a cuestionar no en lo que creen, sino por qué creen lo que creen. Cuando discutimos con un *terraplanista*, es una pérdida de tiempo tratar de convencerlo de que la tierra es esférica, demostrando evidencia y presentando argumentos; nuestra alternativa es ir al corazón de sus convicciones y cuestionar su elección de creer en lo que cree y, parafraseando a Foucault, haciéndole problematizar por qué se deja gobernar así, por estas ideas y con qué fines.

Referencias:

Barcellona, Pietro. El individualismo propietario. Madrid: Trotta, 1996.

Bolsonaro, Jair. Pronunciamento del 08 de abril de 2020 (disponible en <https://youtu.be/Xr5OwusgCBc>).

Bolsonaro, Jair. Pronunciamento del 24 de março de 2020 (disponible en https://youtu.be/VL_DYb-XaAE).

Bolsonaro, Jair. Pronunciamento del 31 de agosto de 2020 (disponible en <https://youtu.be/ht9OW0S8LZw>).

Foucault, Michel. O cuidado com a verdade em Ditos e Escritos, v.5. Rio de Janeiro, Forense Universitária, 2004.

Google Noticias. Coronavirus (Covid-19), Brasil (disponible en <https://news.google.com/covid19/map?hl=pt-BR&mid=%2Fm%2F015fr&gl=BR&ceid=BR%3Apt-419>, acceso en 17 de septiembre de 2020).

Santos, Boaventura. A verdadeira história dos erros futuros em Carta Maior, 05 de junho de 2019 (disponible en <https://www.cartamaior.com.br/?/Editoria/Politica/A-verdadeira-historia-dos-erros-futuros/4/44247>).

Weintraub, Abraham. Entrevista en Jornal da Cidade Online, 21 de noviembre de 2019 (disponible en <https://youtu.be/Ah95ofO149g>).